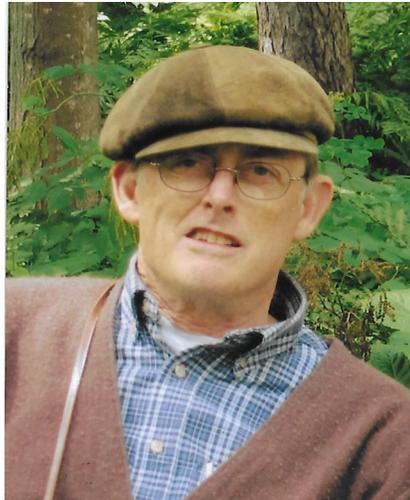


Semblanza

Jeffrey R. Parsons
(9 octubre 1939-19 marzo 2021):
una vida en arqueología regional... y más



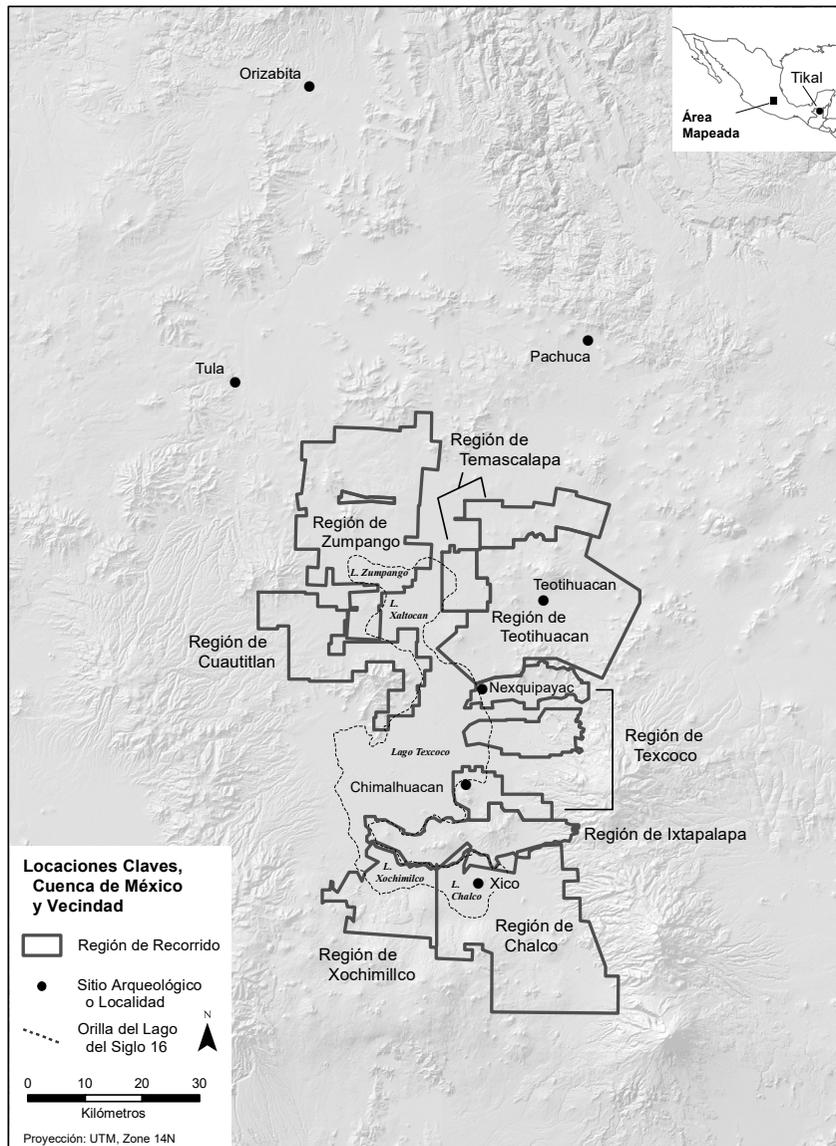
Larry J. Gorenflo, Deborah L. Nichols,
John D. Speth, Mari Carmen Serra Puche,
Ramiro Matos M.

(Traducción de Blas Castellón)

El 19 de marzo de 2021, la arqueología perdió a un querido amigo al expirar Jeffrey Robinson Parsons, luego de una breve estancia hospitalaria en Ann Arbor, Michigan, Estados Unidos. Jeff fue una alma callada y gentil que hizo enormes contribuciones a la arqueología. Su fallecimiento estimuló a muchos que conocieron y trabajaron con Jeff, a reflexionar en las múltiples formas en que éste influyó a la arqueología. También los incentivó a pensar ¿cómo fue que él progresó tanto profesionalmente a la vez que mantuvo cualidades personales tan admirables?, sus modales amigables y su generosidad con los datos y el conocimiento, ayudando a otros a continuar sus carreras, a la vez que avanzó en nuestro entendimiento del pasado.

Jeffrey Parsons nació el 9 de octubre de 1939 en Washington D.C., siendo sus padres Merton Stanley Parsons (1907-1982), y Elizabeth Oldenburg Parsons (1911-2005). Jeff fue el mayor de tres hijos, vivió gran parte de su primera juventud en Fairfax, Virginia —el que después se convirtió en un extenso suburbio de Washington—. Ambos padres de Jeff crecieron en granjas y obtuvieron grados universitarios avanzados.

Su padre trabajó como economista agrícola para el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos. Como parte de su empleo, el padre de Jeff visitaba ocasionalmente algunos campus universitarios, y en 1955, Jeff lo acompañó en uno de sus viajes a The Pennsylvania State University. Impresionado por este lugar, Jeff aplicó y comenzó clases ahí en septiembre de 1957 con especialización en geología. Su decisión de estudiar geología fue muy importante, ya que la escuela de campo en el oeste de los Estados Unidos durante el verano de 1960, le enseñó cómo usar la fotografía aérea y el empleo de equipo para elaborar mapas, habilidades que él refinó más tarde en ese verano como asistente de campo del profesor Robert Scholten, para Penn State University. La decisión de atender esta universidad fue igualmente crucial, ya que durante el otoño de 1960 se inscribió en un curso de Arqueología mesoamericana dictado por el joven y carismático profesor asistente llamado William Sanders.



Jeff quedó tan impresionado con el curso de Sanders que, una vez que hubo concluido su grado en geología, decidió continuar su educación superior en antropología, inscribiéndose en el programa de doctorado en la Universidad de Michigan, en septiembre de 1961. También se integró al proyecto de Sanders en el Valle de Teotihuacán como asistente de campo, cumpliendo esa función en las temporadas de 1961 a 1964. El proyecto del Valle de Teotihuacán fue un esfuerzo multifacético que incluyó tanto recorridos regionales como excavaciones. Aunque Jeff participó en todas las áreas del proyecto, disfrutó particularmente la localización de nuevos sitios, y finalmente dirigió los recorridos sobre sitios aztecas en este valle. Las habilidades de Jeff con el instrumental para recorridos, adquiridas durante la escuela de campo de geología, le permitieron hacer mapas de las excavaciones con exactitud. Pero su habilidad en el uso de fotografías aéreas fue especialmente vital para el proyecto, ya que Sanders y su equipo desarrollaron una metodología de recorridos a nivel regional. Esas primeras temporadas de campo en el Valle de Teotihuacán resultaron decisivas para Jeff, en parte porque esta experiencia lo introdujo a la arqueología en una región extremadamente importante de Mesoamérica. Pero estas temporadas también le generaron un cariño para México que duraría por el resto de su vida. Más tarde él escribió: “¡Cómo amé a México en mi juventud! Fue tan impresionante y atractivo para mí: la arqueología era fantástica, los modos de vida tradicionales eran interesantes, los paisajes eran asombrosos, la cerveza era genial, las chicas eran bonitas, la gente era amigable y con los pocos dólares que tenía me alcanzó para mucho” (Parsons 2009:5). Jeff documentó muchas de aquellas experiencias tempranas y otras más en un volumen fotográfico, mostrando paisajes que hace mucho desaparecieron en la Cuenca de México y en otros lugares (Parsons 2019).



Jeff concluyó su doctorado en Michigan en 1966, escribiendo una disertación sobre la cerámica azteca en el Valle de Teotihuacán. Fue incorporado en enero de ese mismo año por la Universidad de Michigan como profesor asistente de Antropología y se le asignó la tarea de desarrollar un programa de arqueología en Latinoamérica. Jeff regresó al Valle de Teotihuacán en 1966 con un equipo de estudiantes graduados de la Universidad de Michigan, para concluir el reconocimiento del valle y luego pasó parte de su temporada de campo de 1966 en Guatemala, trabajando en otro proyecto de recorridos cerca de Tikal. Regresó a la Cuenca de México en 1967 para conducir un reconocimiento de sitios en la región de Texcoco, el primero de varios que dirigió en la zona. Además de los datos generados, el recorrido de Texcoco también le dio la oportunidad de refinar y aplicar un método de reconocimiento que mejoró el acercamiento practicado en el Valle de Teotihuacán. También le dio la oportunidad de comenzar lo que sería una larga vida de colaboración, tanto personal como profesional con Mary Hrones con quien se casó al año siguiente. Él (y Mary) continuaron el recorrido de Texcoco con los recorridos en la región de Chalco-Xochimilco en 1969 y 1972, luego la región de Zumpango en 1973. Empleando métodos similares, el estudiante de Jeff, Richard Blanton, dirigió un recorrido en la región de Iztapalapa en 1969, y Sanders regresó a la Cuenca de México para dirigir los recorridos de las regiones de Cuautitlán (1974) y Temascalapa (1974-1975). La documentación de más de 3 900 sitios arqueológicos por medio de estos recorridos aportó un sobresaliente conjunto de datos fundamentales para esta área tan crítica e importante de Mesoamérica. La reseña de estos proyectos y otros más en la cuenca, publicados por Bill Sanders, Jeff, y Bob Stanley en 1979, permanece como una amplia influencia a más de cuatro décadas de su publicación, considerando su título no oficial en México: *La Biblia Verde*.

El cargo de Jeff en Michigan para desarrollar un programa de arqueología latinoamericana, a la par con su propio interés en comparar la evolución de las sociedades complejas, lo llevó a realizar trabajo de campo en la costa de Perú y también en los Andes Centrales. El trabajo en el área andina conducido en Alto Valle de Mantaro en 1975-1976 y codirigido por el arqueólogo peruano Ramiro Matos, fue un registro de asentamientos adaptando los métodos que fueron desarrollados para la Cuenca de México, mismos que proporcionaron una visión de los asentamientos precolombinos de esta región. Desafortunadamente, la agitación social en esta área retrasó el regreso de Jeff a los Andes Centrales para hacer mayor investigación. Cuando finalmente hubo seguridad para regresar ahí, Jeff no tenía la certeza de contar con la destreza física necesaria para un trabajo tan demandante en estas altitudes (a menudo a más de 4 000 msnm) y no volvió a dirigir más trabajo de campo en ese lugar.

Jeff regresó a la Cuenca de México en 1981 excavando sitios asociados con las chinampas cerca de Xico en la región de Chalco. Aquellas excavaciones buscaban mejorar nuestro entendimiento de varios sitios descubiertos cerca del antiguo Lago de Chalco durante el recorrido de la región de Chalco-Xochimilco. Poco después de esa temporada, Jeff se movió hacia posiciones administrativas en la Universidad de Michigan, dejando a un lado la posibilidad de hacer temporadas de campo largas. Pero siguió interesado en el trabajo de campo, y especialmente en documentar algunas de las formas de vida tradicionales cuya desaparición

él mismo atestiguó en las dos décadas anteriores. Hacia finales de la década de los ochenta, Jeff inició una serie de estudios etnográficos para documentar las actividades en vías de desaparición en México central. El primer estudio, conducido en colaboración con Mary, fue una revisión del uso del maguey en Orizabita, una aldea en la región del Mezquital, al norte de la Cuenca de México. El segundo estudio etnográfico se enfocó en la producción tradicional de sal en Nexquipayac, una comunidad en la parte norte de la región de Texcoco cercana a las orillas del antiguo lago. El tercer estudio documentó la recolección de insectos en Chimalhuacán, una población en la porción sur del lago de Texcoco, también a la orilla del antiguo lago. Bill Sanders comentaría más tarde que de todos los logros de Jeff en México, estos estudios etnográficos podrían ser los más importantes.

Jeff hizo su último viaje a la Cuenca de México en 2003. Se enfocó en una porción protegida del fondo del antiguo Lago de Texcoco en colaboración con Luis Morett de la Universidad de Chapingo. Dirigió un recorrido lejos de las zonas de sitios arqueológicos, para ayudar a entender el uso prehistórico del sistema de lagos. El proyecto descubrió más de 1 100 artefactos y los restos de un altar, evidencia de los variados usos que sus investigaciones etnográficas habían sugerido más de una década antes.

Jeff Parsons se retiró como profesor en la Universidad de Michigan en 2006, luego de cuatro décadas de servicio en esta universidad. Aún estaba activo, aún era mentalmente brillante, aún atendía congresos, como ponente o comentarista, aún daba conferencias (a menudo en México y Perú), y aún iba al campo para evaluar la condición de los sitios arqueológicos en la Cuenca de México. Pero sintió que era tiempo de dejar libre el camino a una nueva generación de arqueólogos. Jeff se mantuvo ocupado en su retiro, entre otras cosas, analizando y publicando, muchos de los datos pendientes que había colectado durante décadas de trabajo de campo, al mismo tiempo que publicaba capítulos de libros y artículos en revistas especializadas. Pero también combinó estas actividades con sus viajes personales pasando tiempo con Mary en la granja de la familia Parsons, en South Paris, Maine y en la cabaña de la familia de Mary en un lago en Jaffrey, New Hampshire. Él y Mary también pasaron tiempo con su hija, Apphia, y el esposo de ésta, que viven en Londres.

Completamos esta remembranza pocos días luego del primer aniversario del fallecimiento de Jeff. Los cinco autores lo conocimos por más de cuatro décadas, aunque a través de distintas conexiones como colegas universitarios o estudiantes, o colaboradores en trabajo de campo en diferentes épocas y lugares. Pero a pesar de estas distintas relaciones, todos recordamos a la misma persona: un individuo inteligente, amable, paciente y gentil, que dejaba a un lado su lugar para que otros se sintieran cómodos y valorados. Jeff consiguió una cantidad enorme de logros en su carrera: recorridos pioneros, grandes contribuciones a los métodos arqueológicos de recorrido arqueológico, estudios etnográficos de gran trascendencia y entrenamiento de estudiantes productivos, pero su comportamiento modesto nunca mostraba huellas de arrogancia o ensimismamiento. Los amigos que hizo a inicios de los años sesenta durante el Proyecto Teotihuacán, permanecieron como sus amigos a través de su vida. Siempre fue accesible a los estudiantes, sin importar sus antecedentes. Una visita con tres colegas a los salineros de Nexquipayac en 2007, lo descubría más como un viejo amigo perdido que como un

profesor norteamericano que los había estudiado dos décadas antes. Jeff Parsons fue ampliamente admirado, menos por sus logros profesionales, y más por la persona que fue.

A Jeff le sobreviven su esposa y compañera, tanto en la investigación como en la vida por más de 50 años: Mary, su hija Apphia, y su yerno Daniel. También le sobreviven un hermano y una hermana, así como varias sobrinas, sobrinos, y otros parientes. También dejó una familia académica de personajes, consistente en colegas, estudiantes y amigos formada en un amplio rango de escenarios. Cuando se esparcieron las noticias sobre el fallecimiento de Jeff, fluyeron docenas de mensajes. Muchas de esas comunicaciones expresaban condolencias y mencionaron las contribuciones que Jeff hizo a la arqueología y al estudio del México y Perú antiguos. Pero la mayoría también comentó sobre sus cualidades, sobre cómo fue siempre una buena persona, firme y confiable, en un mundo donde tales personajes son difíciles de hallar. Al escribir el obituario de alguien con tan grandes logros, es difícil no enlistar muchos de esos éxitos, como lo hemos hecho aquí. Pero en el caso de Jeffrey Parsons, el catálogo de contribuciones profesionales parece mucho menos esencial que hablar acerca de cómo cambió la disciplina de la arqueología y cómo mejoró de manera extraordinaria nuestro conocimiento de Mesoamérica antigua, al mismo tiempo que mantuvo de manera notable sus cualidades personales que parecen haber conmovido a cada uno de quienes le conocimos.

Agradecimientos

Apreciamos ampliamente los comentarios de Mary Parsons y Apphia Parsons sobre un borrador de esta breve reseña sobre la vida y carrera de Jeffrey R. Parsons. Esta remembranza se benefició de las conversaciones a lo largo de los años con varios amigos y colegas de Jeff, incluyendo a Liz Brumfiel, Oralia Cabrera, Rubén Cabrera, Bob Cobean, Wes Cowan, George Cowgill, Dick Diehl, Susan Evans, Dick Ford, Kirk French, Jimmy Griffin, Chuck Hastings, Charlie Kolb, Claire Milner, Ian Robertson, Bill Sanders, Lili Sanders, Carla Sinopoli, Yoko Sugiura, y Henry Wright. Agradecemos a Blas Castellón y al equipo editorial de *Arqueología* por su disposición a publicar este recuento de la vida de Jeff de manera oportuna.

Referencias

Parsons, Jeffrey R.

- 2009 Reflections on My Life in Archaeology. *Ancient Mesoamérica* 20:3-13.
- 2019 *Remembering Archaeological Fieldwork in México and Peru, 1971-2003: A Photographic Essay*. Special Publications No. 3. Museum of Anthropological Archaeology, University of Michigan, Ann Arbor.